

EL MUNDO

Lunes, 17 de enero de 2005. Año XV. Número: 5.516.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

¿Se necesita una Constitución Europea?

HENRY KAMEN

Dentro de cuatro semanas se pedirá a los votantes españoles que aprueben mediante referéndum el borrador de la Constitución Europea. Habrá aspectos únicos del referéndum. Primero, el público casi no ha recibido información sobre la Constitución. Según las últimas encuestas, más de un 60% de la población dice no tener opinión, pero eso es porque aproximadamente el 100% no sabe qué hay en la Constitución. Hemos visto anuncios publicitarios en TV, que no dan información pero prometen que la Constitución traerá paz, libertad y bienestar, todo acompañado de una suave música, lo cual está calculado obviamente para confundir más que para informar como es debido. Segundo, todos los principales partidos políticos apoyan el sí en el referéndum, pero sin explicar por supuesto qué implica el sí, o qué cambios hay involucrados en la nueva constitución. Tercero, para conseguir que el referéndum obtenga el máximo éxito, el gobierno español ha privado del voto a los europeos que residen en España (por ejemplo, más de 30.000 británicos residentes en España, cuyos votos con seguridad habrían ido en contra de la Constitución, han sido privados del voto). Si se toman en consideración todos estos factores, parece como si alguien esté intentando ocultar algo sobre el asunto. Ya que el texto de la Constitución se compone de alrededor de 200 páginas, seguidas de otras 400 de protocolos, la posibilidad de que alguien en España se lea la Constitución es bastante remota. ¿Suena eso como una buena base para tener un referéndum?

Parece, de hecho, que el principal propósito del referéndum es consolidar el estado burocrático dentro de Europa. No pretende cambiar nada, ni introducir ninguna novedad, a parte de las reformas administrativas. Es una visión enteramente conservadora de «Europa», en que se da prioridad a las grandes naciones y poca atención a las otras. Los puntos principales de la «nueva» Constitución son que no se hará ningún progreso hacia cambios políticos (por ejemplo, una frontera común, políticas comunes) en toda la llamada «Europa», y «Europa» sólo será una palabra que unirá intereses económicos (por ejemplo, barreras comerciales y aduaneras, subvenciones económicas). Si tenemos en cuenta que sólo un número determinado de comunidades son reconocidas como «naciones», la nueva Constitución apunta a excluir todas las pretensiones

de otras que quieren ser estados nacionales, y de hecho empeorará la presente situación política al provocar más reclamaciones nacionalistas de pequeñas y potencialmente violentas minorías. En realidad, el Gobierno español en el referéndum pedirá a los votantes que voten por una Europa nacionalista anticuada, en la que no habrá progreso hacia la integración y en la que se producirá cada vez más reclamaciones de regionalistas frustrados. Eso no parece progreso.

¿Qué ocurre realmente? Y ¿por qué, mientras escribo esto, los diputados polacos en el Parlamento en Estrasburgo han votando en contra de la Constitución? Sería bueno tener una respuesta, pero el Gobierno no nos la dará. ¿Por qué los diputados escoceses en el Parlamento también se han pronunciado en contra de la Constitución? «Esta Constitución no toma en cuenta la dignidad de mi país y por lo tanto votaremos en contra», dijo un diputado nacionalista escocés esta semana. En Dublín, un diputado del Sinn Fein afirmaba que «la Constitución no es una concesión de derechos y privilegios para una Unión Europea de iguales». En Gran Bretaña, por supuesto, la Constitución será rechazada, porque el público ya ha visto suficiente del proceso contradictorio del gobierno europeo y no está convencido de sus virtudes. Una encuesta en noviembre mostraba que el 70% de los votantes británicos se oponían a la nueva Constitución, y sólo el 25% la apoyaba. Al mismo tiempo, una encuesta esta semana de las 500 empresas más grandes de Gran Bretaña, revelaba que el 60% se oponen a la implantación de la propuesta Constitución. Mr. Blair obviamente se encaminará hacia una gran derrota cuando ponga a votar el tema en 2006. Hace algún tiempo, el Sunday Times de Londres comentaba: «Ha llegado la hora de plantear preguntas serias sobre el futuro de la Unión Europea». Es bastante lógico que los británicos tengan dudas. Fueron la primera democracia activa en el mundo, y ha sobrevivido como una democracia gracias al hecho de que no tienen una constitución escrita, ningún libro permanente de reglas. Es un problema mayúsculo cuando, después de siglos de éxito social, la gente intenta convencerles de que las reglas escritas son mejores.

Por supuesto, los actuales dirigentes del Parlamento europeo se esfuerzan por ganar el voto. Esta semana, el Parlamento de Estrasburgo gastó 375.000 euros en un día en una fiesta con periodistas para dar publicidad a la campaña. Se puede ver que hay mucho dinero disponible, y se gasta como el agua, no sólo en fiestas sino también en sueldos, burocracia y sobre todo en gastos de viajes, mientras los funcionarios vuelan por todo el continente. El Gobierno español nos tiene que decir por qué necesitamos formar parte de esta fiesta permanente. Es interesante que la contable principal de la Comisión Europea, Marta Andreasen, haya sido cesada de su trabajo precisamente porque no quería aprobar los gastos incontrolados de los funcionarios. Hace cuatro semanas, dio una interesante charla en el Parlamento británico, con el tema: «Europa necesita una reforma real, no una Constitución de la Unión Europea» Es obvio

que alguna cosa no va bien si los funcionarios de la comunidad sospechan de cómo la Comisión gasta el dinero. El año pasado, los contables emitieron una declaración diciendo que sólo el 10% de los gastos oficiales había sido correctamente auditado.

El hecho es que la parte más importante de la nueva estructura de la administración europea estará formada por burócratas señalados directamente por la Comisión Europea y sin ninguna conexión con las naciones de la comunidad. Los que voten sí en el referéndum estarán dando su aprobación a una nueva, potencialmente corrupta estructura multinacional que nadie puede nunca controlar y que estará más allá del control democrático. Esa es la razón de que pequeños países como Polonia y Escocia tienen miedo de la Constitución.

¿Cuál es la respuesta? La primera respuesta es votar no, como el editor diplomático de Le Monde ya ha advertido a sus lectores esta semana. Está preocupado principalmente porque la propuesta Constitución no da lugar para las reformas sociales, y tiene mucha razón. La opinión pública francesa está a favor de la Constitución, parece que el 65% la ven como deseable. El Partido Socialista francés, sin embargo, todavía se halla dividido sobre si apoyará una Constitución que es francamente conservadora y neoliberal. Pero los socialistas españoles, que se encuentran en la afortunada posición de no tener creencias ideológicas, están por supuesto contentos con una Europa neoliberal. Una vez la Constitución haya sido rechazada, como lo será (las reglas dicen que si un Estado miembro la rechaza entonces tiene que ser retirada y reformada), entonces los estados miembro necesitan arreglarla para que sea más abierta y más democrática. El modelo para una nueva Constitución del futuro, sugeriría, debe ser Suiza. Suiza es tal vez el país de Europa más próspero y civilizado, y se halla fuera de la Unión Europea. Es el único país federal genuino del mundo, sus unidades componentes, los cantones, retienen considerables poderes. Si la Constitución Europea desea ser federalista, no puede hacer nada mejor que copiar a los suizos, que conservan libertad local y democracia mediante el uso repetido del voto directo en el nivel cantonal y federal. Por ejemplo, se requieren sólo 100.000 firmas para cuestionar una ley federal en referéndum. Los suizos han resistido cada movimiento que significase una más íntima implicación con Europa, cuyos políticos han ignorado su Historia y ejemplo.

El referéndum es una ocasión perfecta para que los votantes intenten y entiendan qué está realmente pasando en ese mundo escondido en Bruselas y Estrasburgo, donde la burocracia y los gastos se multiplican sin fin, y la ineficiencia aumenta fuera de control. Algunos críticos mantienen que la auténtica barrera a una Europa democrática es la Unión Europea. Quizá estén en lo cierto. La nueva Constitución, en ese caso, sólo tensará todavía más las cadenas que encarcelan Europa.

Henry Kamen es historiador. Su última obra publicada es El Gran Duque

de Alba en la editorial La Esfera de los Libros.

© Mundinteractivos, S.A.